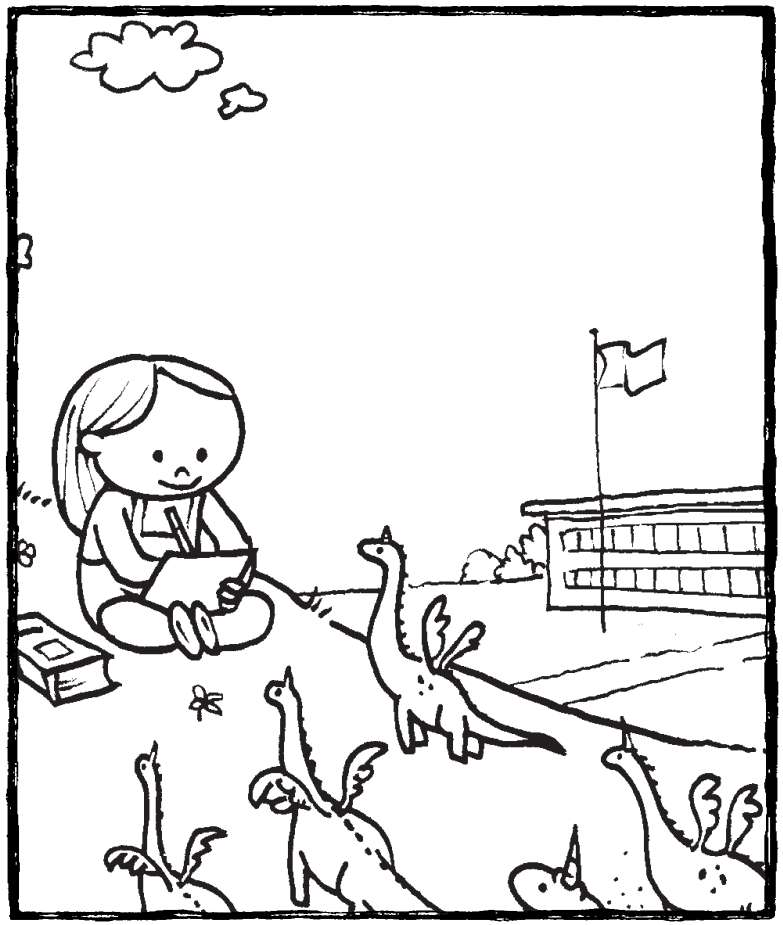
El tesauro

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel R
Número de palabras: 1,504

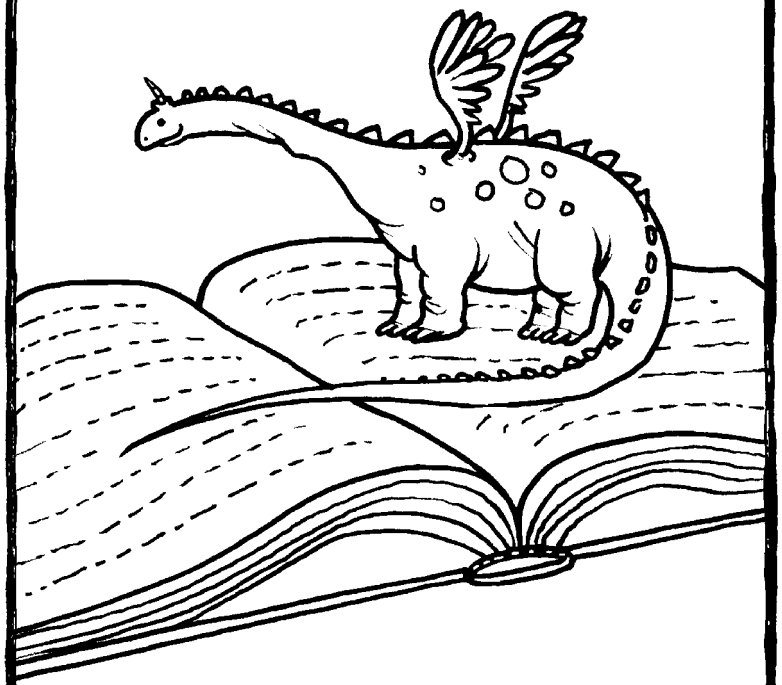


Reading a-z

Visite **www.readinga-z.com**
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • R

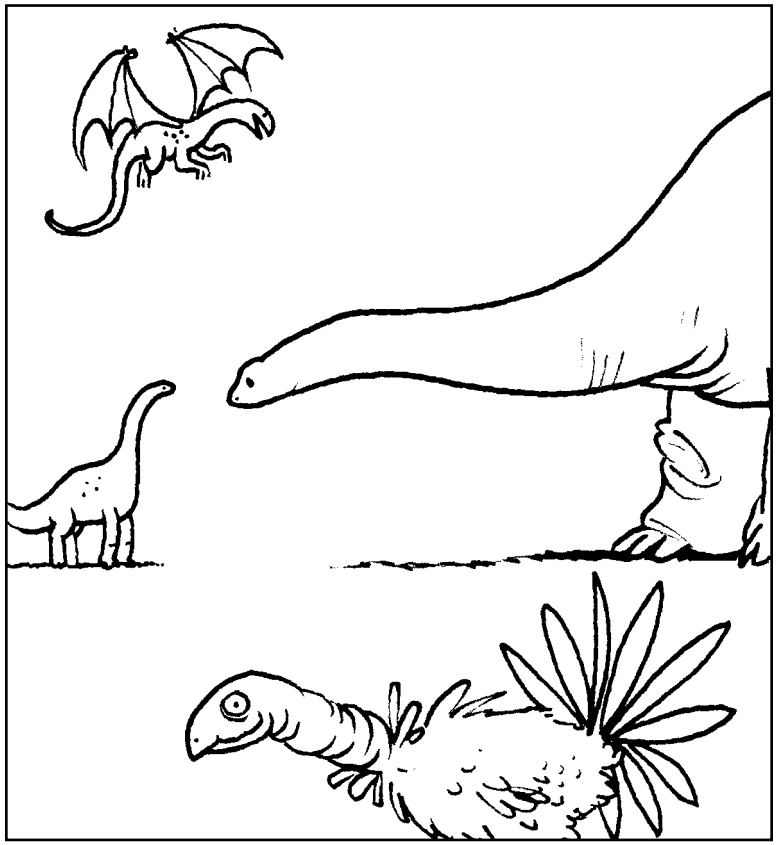
El tesauro



Escrito por Julie Harding
Ilustrado por Chris Harding

www.readinga-z.com

El tesauro



Escrito por Julie Harding
Ilustrado por Chris Harding

www.readinga-z.com

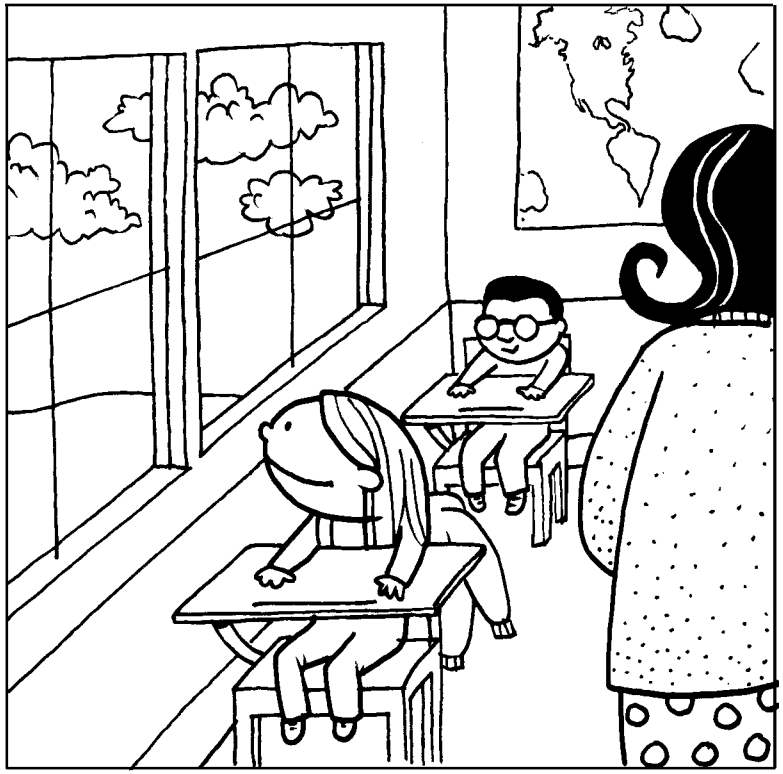
El tesauro
(The Thesaurus)
Libro de lectura Nivel R
© 2002 Learning Page, Inc.
Escrito por Julie Harding
Ilustrado por Chris Harding
Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA–Z™
© Learning Page, Inc.

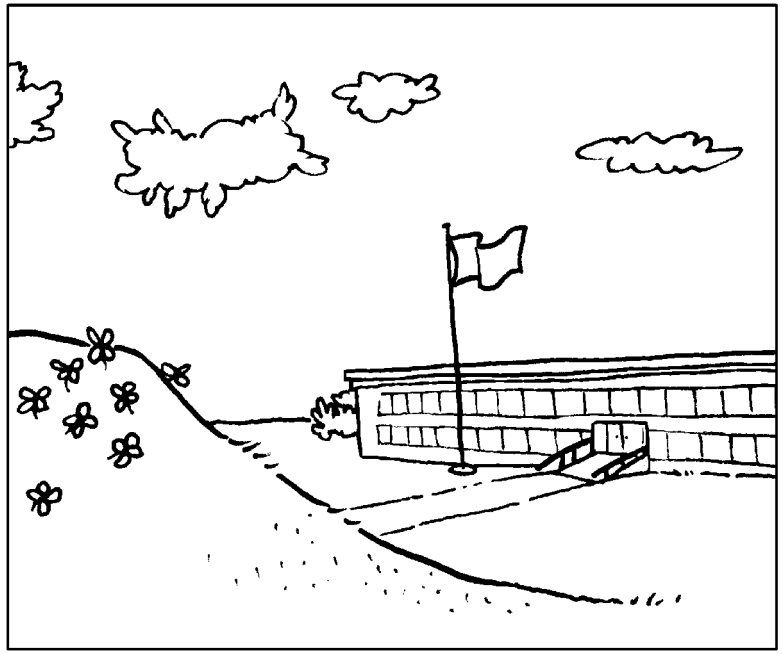
Todos los derechos reservados.

Learning Page
1630 E. River Road #121
Tucson, AZ 85718

www.readinga-z.com

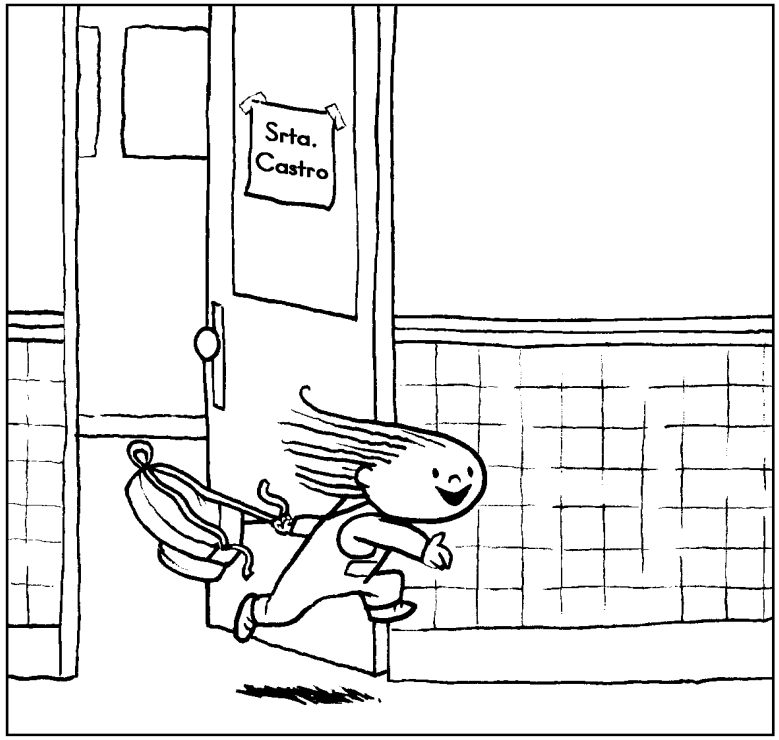


La Srta. Castro estaba parada con su falda de lunares azules dando una clase sobre los antónimos. Los antónimos y los sinónimos. ¿Qué pasa con mi gato Gerónimo?, pensó Ángela Torrez y rio en silencio. Iba a pasar mucho tiempo antes de que alguien pudiera correr en el campo abierto que rodea la escuela Chávez. Por suerte, Ángela estaba sentada bastante cerca de la ventana. Casi podía sentir el aire fresco.



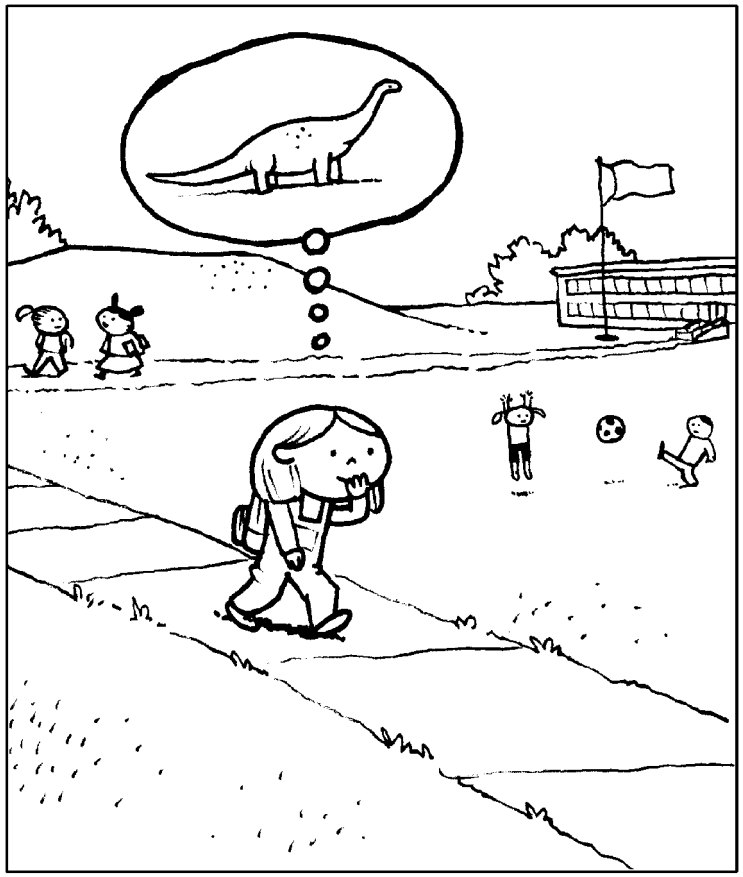
Parecía que estaba más cálido desde el almuerzo. Ángela sabía que la brisa olería rica por la lluvia de la mañana. También sabía que este era el mejor momento del día para lanzarse sobre el sembrado de tréboles al otro lado de la única loma del patio de recreo. Ahí era donde Ángela iba cuando quería escribir sobre las cosas o cuando quería estar con su imaginación. Diminutos cachorros de nariz dorada solían jugar con grandes búfalos alados en las nubes sobre la loma. Nadie sabía sobre estos juegos excepto Ángela.

Ella estaba mirando las hojas del árbol justo afuera de la ventana mientras se hacían cosquillas unas a otras en la brisa cuando la Srta. Castro la interrumpió. —Ángela, ¿me escuchaste? Todos ustedes tienen que traer un tesauro para usarlo en la clase este viernes. Si no tienen uno en su casa, yo les puedo prestar uno mío si me avisan antes del jueves. Cada uno de ustedes necesitará uno. Sin excepción Srta. Torrez.

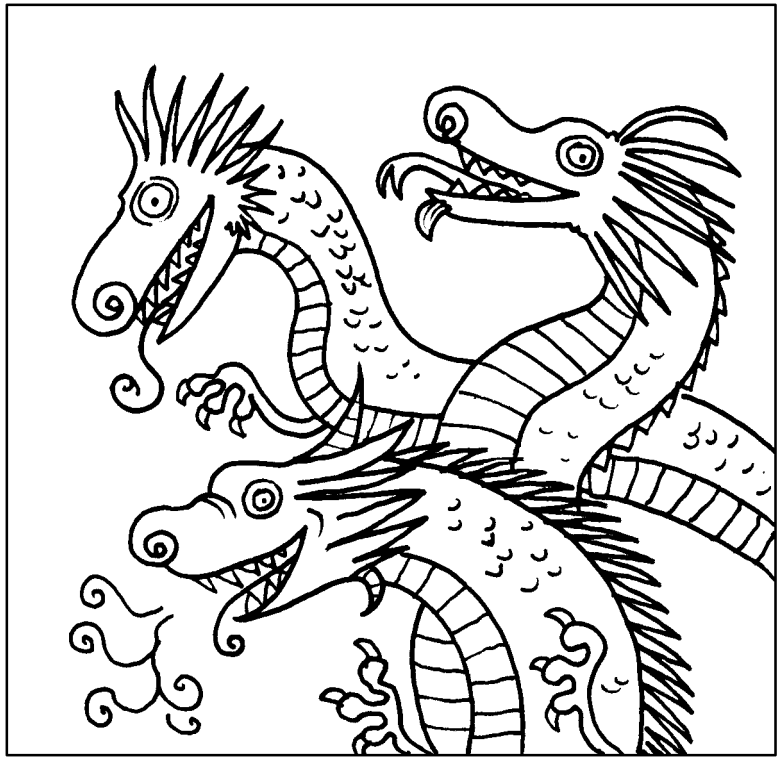


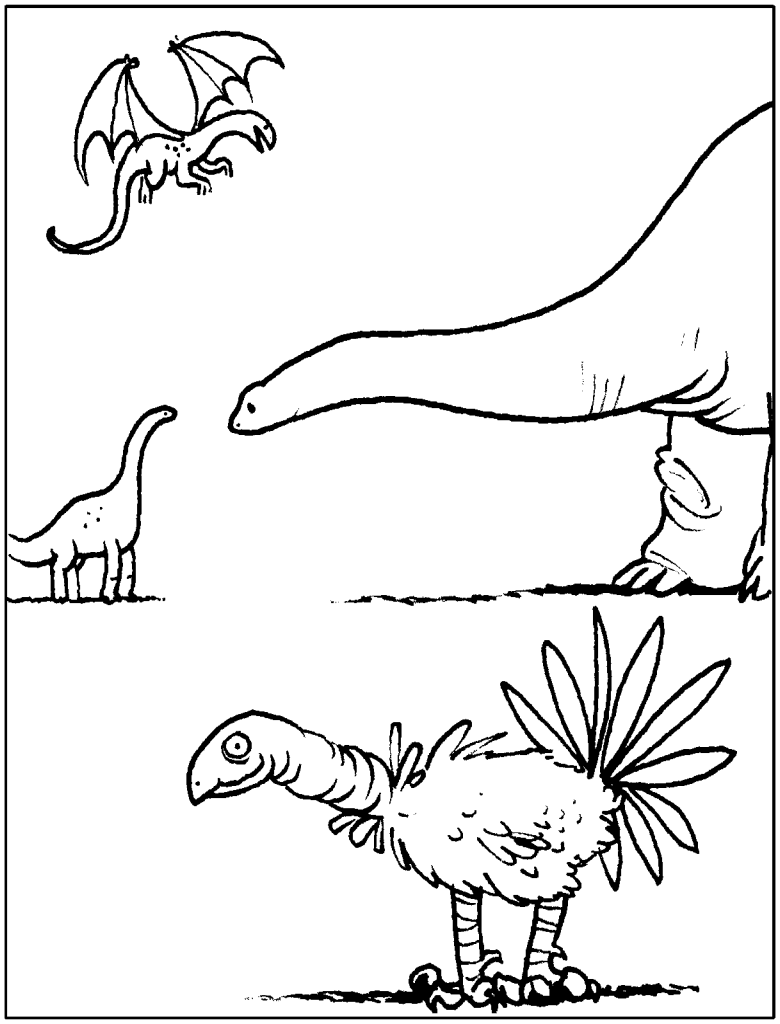
El timbre sonó antes de que Ángela pudiera responder. Ella podría haberse defendido, sin embargo, lo que acababa de decir la Srta. Castro le estaba dando vueltas en la cabeza. A ella siempre le fascinaron las corpulentas criaturas que habitaban sobre la tierra durante todas esas épocas pasadas. Se le encogió el estómago y emocionada salió volando por la puerta, dejando su abrigo olvidado para que pasara una vez más otra noche colgado del respaldo de su silla amarilla.

El día estaba realmente cálido, pero Ángela no lo hubiera notado aunque hubiera estado nevando. Ella estaba ocupada, tratando de comprender cómo se le había escapado la existencia de un dinosaurio que estaba vivito y coleando. No sólo eso, sino que de acuerdo a la Srta. Castro, podría estar viviendo en las casas de cada uno de los estudiantes de la clase.



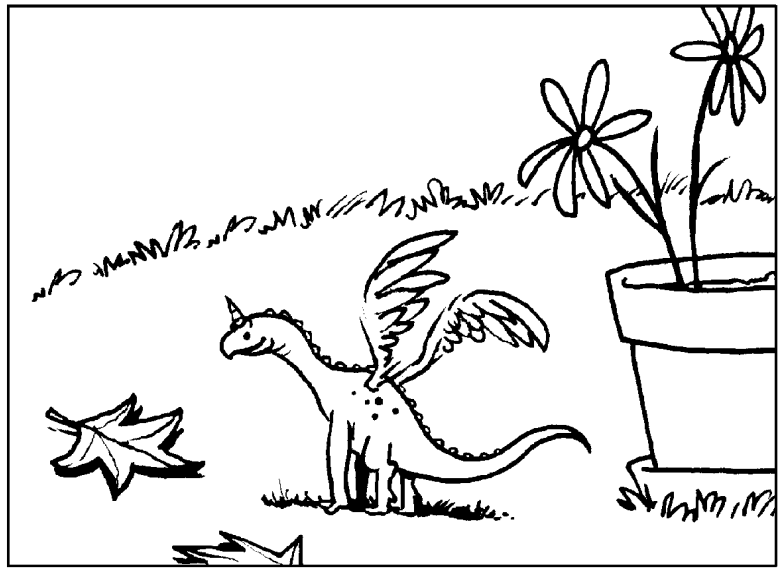
Ninguno de los otros niños parecía terriblemente sorprendido. Ángela decidió que a lo mejor era algo similar a los dragones. Justo ayer, su mejor amiga Lina le explicó cómo los dragones pueden hablar y crecer en el patio de la casa de uno. Aparentemente, eso era algo que los Torrez adultos no le daban mucha importancia. Eran criaturas fascinantes en la opinión de Ángela. O quizás ellos tampoco sabían sobre el tesauro.

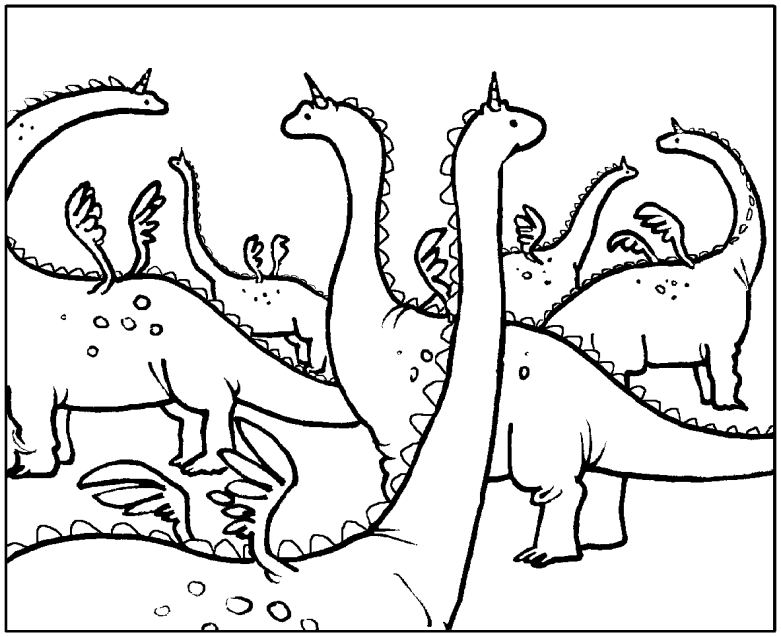




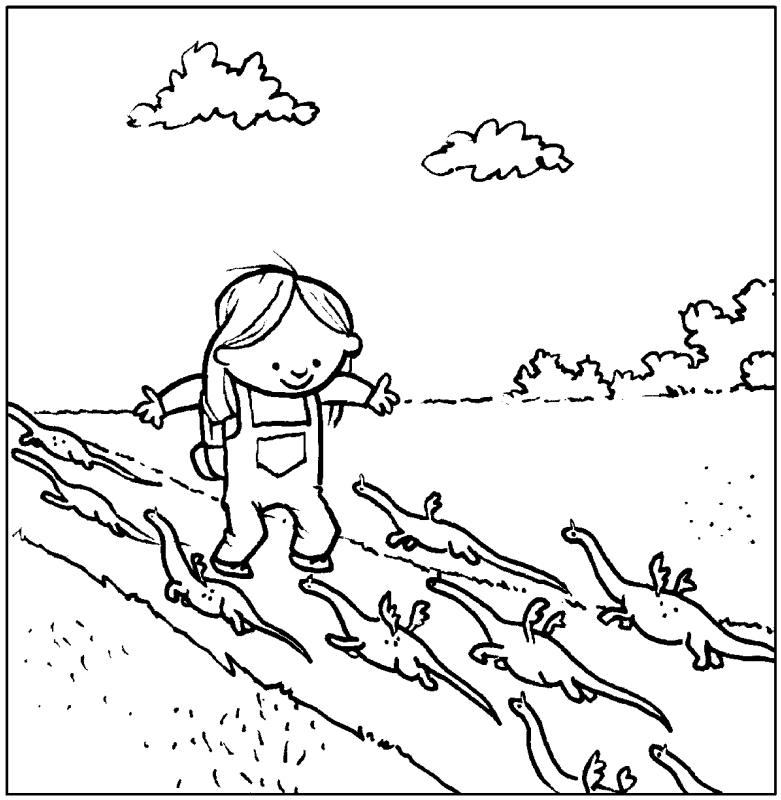
Las preguntas empezaron a formarse en su mente. ¿Cuántas alas tiene un tesauro? ¿El tesauro es herbívoro? ¿Son pequeños? ¿Son enormes? ¿Tienen plumas? ¿Caminan sobre dos patas? Había tanto por descubrir.

A tres cuadras de su casa, Ángela cambió el curso. Se dirigió hacia un camino sinuoso que agregaba unos diez minutos extras a su caminata. Ella necesitaba tiempo para imaginar. ¿Cómo es un tesauro? Si vive en casa, debe de ser pequeño. Ella nunca había visto uno antes, así que tiene que ser al menos tan pequeño como un perico. Ella no se había dado cuenta del perico de Lina hasta que fue a dormir a su casa por tercera vez. Probablemente los tesauros eran grises. Como los dinosaurios en el programa del canal de PBS que había visto hace dos semanas. Esto hacía que fuera aún más posible que los tesauros tuvieran alas.





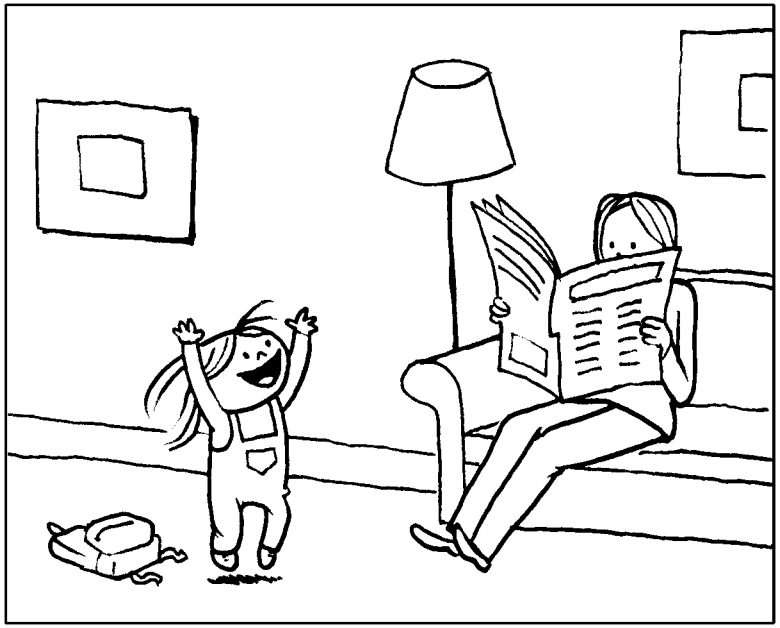
Quizás no era tan pequeño. Cualquier dinosaurio que haya sobrevivido la edad de hielo deber ser muy asombroso. Quizás era una criatura mágica. No, eso sería tonto. Quizás pueda camuflarse, o encogerse, lo opuesto a un pez globo. Tal vez no eran tan comunes como la maestra pensó, y toda la clase iba a estar pidiéndole uno prestado a la Srta. Castro el jueves. Ángela tuvo la esperanza que no fueran pequeños. Pero al final, decidió que debían serlo. Veinticinco enorme tesauros (¿o se dice manada de veinticinco tesauros?) nunca entrarían en el salón de clase.



Así que el ensueño comenzó. De repente, había tesauros por todas partes. El camino cubierto de hierba se invadió de esas criaturas regordetas. Rugían sus pequeños rugidos, y cambiaban de color cuando se acercaban hacia Ángela. Se corrió a un lado justo cuando los tesauros que venían a la carga desaparecían en el aire. Durante todo el camino a su casa, hubo incidentes de traviesos dinosaurios imaginarios.

Ángela estaba tan emocionada cuando llegó a su casa que se olvidó de cerrar la puerta. Sin levantar la vista del diario, su mamá le pidió a Ángela que terminara su gran entrada. Ángela lo hizo y miró a su madre con expectativa. Estaba decidida a tener paciencia.

Luego de cinco segundos de silencio total, Ángela empezó con una voz sin aliento. —¡Mami! ¡Escucha! ¡Yo no se si tenemos uno, o si tú sabes algo de ellos, pero tengo que llevar un dinosaurio a la clase el viernes! ¿Tú sabías que existían? ¿Tenemos uno?

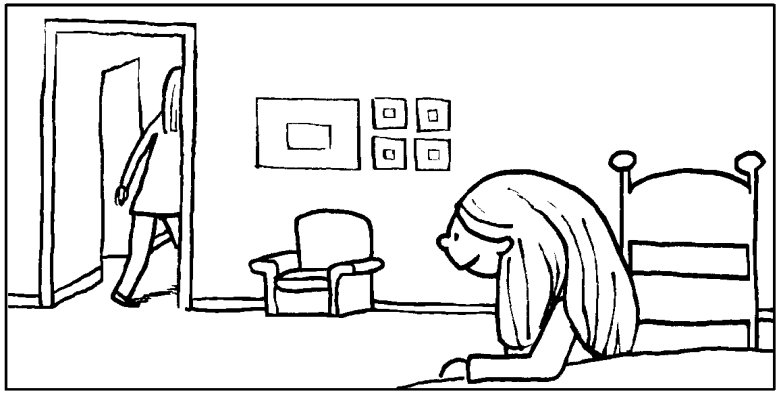


La mamá de Ángela bajó el diario y le preguntó. —¿Qué quieres decir? Tenemos fotos de dinosaurios en las revistas que están sobre la mesa de la sala.

—No, mami, tengo que llevar un tesauro de verdad.

Su mamá se veía extraña, parecía que se iba a reír. —Ángela, yo sé que tenemos un tesauro. Pero no estoy segura de que tú sepas para que es. Voy a traerlo.

La emoción era enorme. La mamá de Ángela desapareció hacia el cuarto de la biblioteca. Ángela se preguntaba si habría estado allí todo este tiempo. Esperándola entre las repisas para que ella jugara con él. ¿Era niño o niña?



La mamá de Ángela salió del cuarto y comenzó a regresar por el pasillo. Había un libro en su mano. ¿Era un libro sobre el cuidado de dinosaurios mascotas?

—Cariño —comenzó su mamá—, esto es un tesauro. Le entregó el libro a Ángela y le dio una palmadita en el codo. —Sé que no es lo que esperabas, pero realmente es muy bueno tenerlo.

—¿Un libro? —gruñó Ángela—. ¿Cómo puede ser que un libro tenga un nombre tan emocionante como tesauro?

—Sin embargo, es una clase de libro maravilloso —dijo la mamá de Ángela—. Es un libro que tiene un montón de palabras diferentes para las palabras que ya sabemos. Déjame que te muestre.

Tomó el libro y lo abrió en una página al azar. Señaló el vocablo simpático. Ahí también estaban las palabras encantador, agradable, amable, ameno, afable, cordial y muchas más.

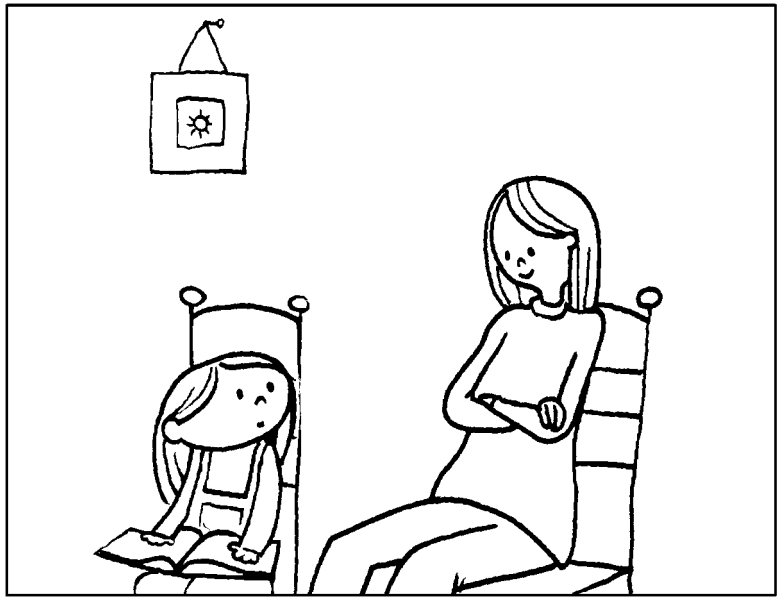
—Tú escribes cuentos, ¿verdad Ángela?

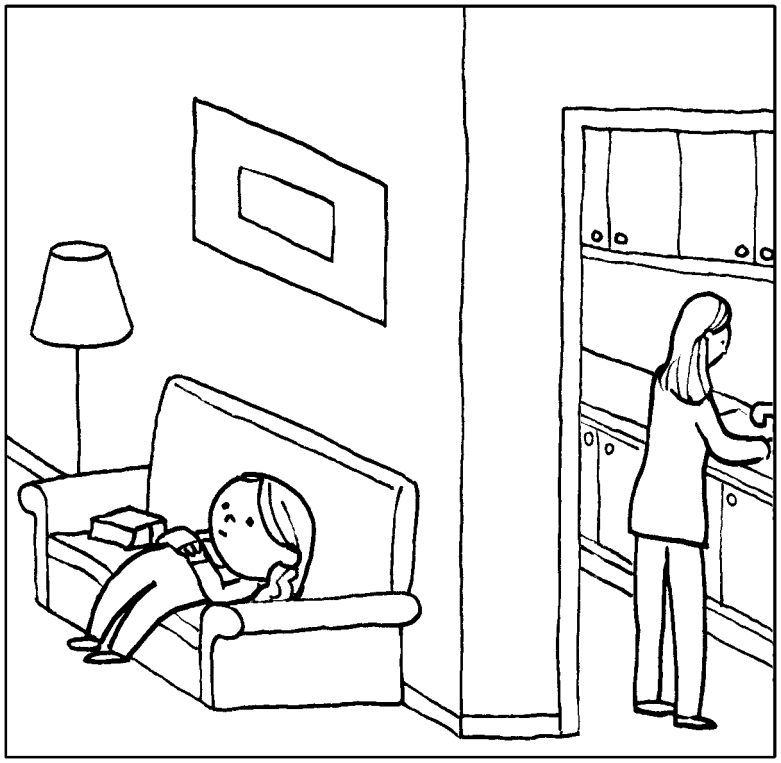
Ángela miró de reojo a su mamá, —Sí—. Su vergüenza había empezado a desaparecer.

—¿Te ocurre a veces que tienes dificultad en encontrar la palabra justa que quieres escribir?

Ángela contestó que sí con la cabeza.

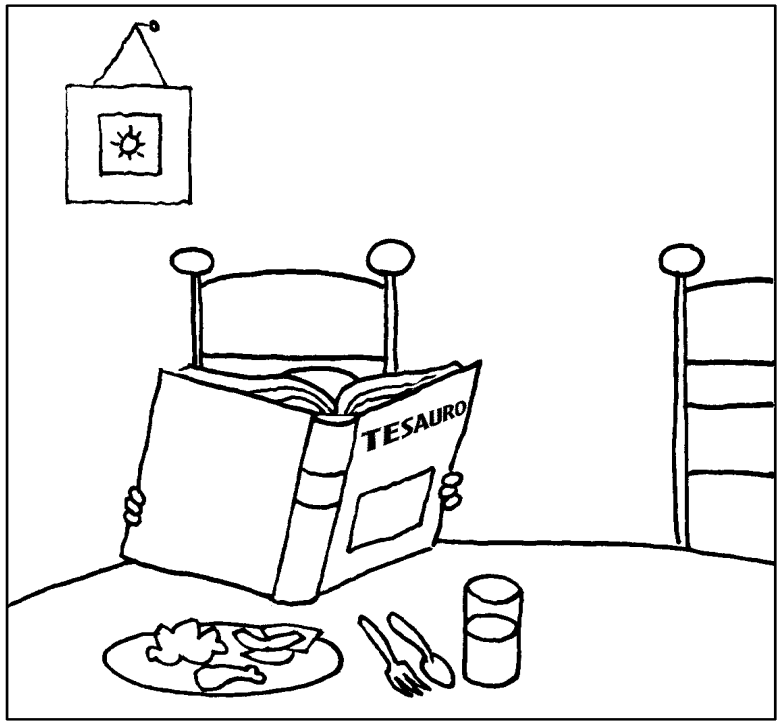
—Este libro es, como el diccionario, una herramienta para los escritores. Como un martillo para el carpintero o un tractor para el granjero. Es algo muy bueno, si lo piensas.

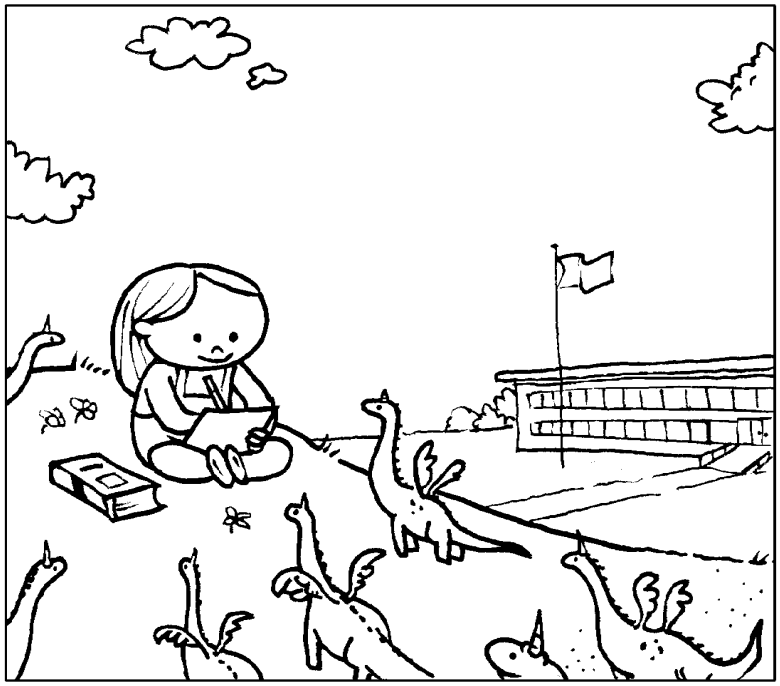




Pero Ángela no pensaba en eso. Ella estaba ocupada viendo su Parque Jurásico extinguirse en su sala. Su mamá le dio un abrazo de bienvenida atrasado, y se fue hacia la cocina. Ángela se quedó en la sala escuchando los ruidos de la cocina. Parecían ser vegetales fritos. La desilusión de Ángela comenzó a evaporarse como su ensueño y era trasladada fuera de la ventana de la cocina por el olor a los pimientos dulces.

Ángela miró el libro que estaba a su lado. Lo levantó y encontró la palabra sueño. Había al menos quince palabras para ese vocablo. Todas ellas eran un poco diferentes pero similares a la misma vez. Encontró palabras que la llevaban a más palabras que la llevaban a otras palabras nuevas que sonaban misteriosas, increíbles y hasta a veces graciosas. Cuando su mamá la llamó a cenar, Ángela se olvidó de dejar de leer el libro cuando se puso a comer.





Esa noche, Ángela tuvo un sueño. Primero, ella estaba en el bosque con millones de pequeños dinosaurios. Luego, el bosque se convirtió en la loma del patio de recreo. Los dinosaurios estaban ahí parados, como si estuvieran esperando. El cuaderno verde y el lápiz preferidos de Ángela aparecieron en su mano. Ella comenzó a escribir sobre los dinosaurios, y ellos esperaban pacientemente mientras ella encontraba las palabras justas para contar su historia. Ella encontró todo lo que necesitaba en el tesauro.

El viernes, la Srta. Castro les pidió a los estudiantes que sacaran sus tesauros. Ángela estaba lista, y esta vez, no estaba soñando despierta. Todos en la clase debían escribir un cuento sobre cualquier cosa del mundo. Debían usar el tesauro al menos para tres palabras. Cuando el timbre sonó, Ángela entregó su cuento. La Srta. Castro hizo un silbido al leer el título. La bestia ponderosa, decía. El dibujo debajo del título tenía un dinosaurio regordete, y la Srta. Castro hizo una mueca. Sabía que iba a deleitarse al leerlo.